



POR PEDRO PABLO GUERRERO

De fútbol, identidad y poesía anglosajona nos habló Antonio Cisneros, uno de los más importantes poetas peruanos contemporáneos. Vital y desprejuiciado, anima un programa de televisión que acaba de cumplir un año en el aire.

EN 1993, durante un encuentro poético en Medellín, Antonio Cisneros colgó definitivamente los botines. Una rotura de tendón ("el mudo de todo deportista", afirma con orgullo), durante un partido amistoso, puso fin a cincuenta años dedicados al fútbol, carrera paralela a la de poeta e incluso un poco más larga.

—La primera vez que salí del Perú fue en el 63, por la sub 20 —recuerda—. Viajamos a Bogotá y los ganamos por cuatro a cero a los colombianos. Perú era entonces una potencia. Yo jugaba en el club que después pasó a llamarse Sporting Cristal, entonces auspiciado por una tabacalera. La celeste era: primero de los cigarrillos y después de la cerveza. Es el único equipo que mantiene una juventud sana y sin drogas gracias al vicio.

Sarcástico y desengañado, a sus 56 años Antonio Cisneros es toda una personalidad de la cultura peruana. Y de la "cultura" en el más amplio sentido. En 1997 sus cinco libros fueron reimpresos en el volumen *Resaca en la vida* ("hací para que no le pusieran 'completa' porque quería decir que ya estoy muerto"), publicado por la editorial Ediciones Perú, en homenaje a los 55 años de su primera obra, *Destiempo*.

"Ni amo la cultura ni me interesa la gente"

Como otros escritores en el último tiempo, Cisneros es conocido además por los programas de conversación que conduce diariamente en una radio y en un canal de cable locales.

—A estas alturas soy un ser casi venerable, todo el mundo me quiere y dice "el poeta Cisneros es buena gente". Les gusta mi ironía, las críticas que hago. Así soy yo. Si fuera garfitero, futbolista o empleado bancario sería probablemente el más chistoso del barrio, nada más, pero sería el mismo.

A pesar de todo, analiza sus incursiones televisivas con el mínimo de entusiasmo necesario.

—Con toda franqueza, no me interesa particularmente la televisión aunque tampoco soy de los adictos que la creen alienante. Es entretenida, pero yo trabajo en ella para ganarme la vida. No creo que haga nada particularmente genial, solamente vendiendo mi firma y mi rostro, como Chanel o Benetton. Por eso estoy en la televisión, no creo que porque amo la cultura o me interesa la gente. Ni amo la cultura ni me interesa la gente, en realidad.

—¿Qué le interesa entonces?

—A mí lo que me gusta es el fútbol, mis amigos y las cintas. También, pero menos, hablar de literatura con ciertas personas, en parte porque es mi obligación y en parte porque los muchachos no tienen por qué ser decepcionados ni tengo por qué transmitirles mi escepticismo, pero a mi sinceramente no me interesa ni la radio, ni la televisión, ni la literatura ni los congresos de escritores, ni nada de nada.

—Hay un verso mío que parece resumirse escrupulosamente "la arada carga demasiado lejos de la tierra y ha de morir en su redonda casa de saliva". ¿Se refiere al lenguaje?



Nueva Antología de Cisneros

El poeta argentino Jorge Bocanera publicó recientemente en Buenos Aires la antología *Postales para Lima* (Mazurica/Colihue) que resume la producción poética de Antonio Cisneros. Incluye sus libros: *Destiempo* (1961), *Comentarios reales* (1964), *Canto ceremonial contra un ornithólogo* (1968), *Como higuera en un campo de golf* (1972), *El libro de días y de los búlgaros* (1978), *El monólogo de la caza Susana* (1986) y *Las inmensas preguntas celestes* (1992).

Antonio Cisneros: Guerra Perpetua Al Lugar Común

—Esta es la parte inflexible. Por eso tú puedes reconocer que el poema es de Antonio Cisneros. El lenguaje que yo uso va desde la tradición bíblica hasta el de la calle, pero bien combinado, porque ha habido imitadores que creen que el coloquialismo es una fórmula. ¡No! Tiene que estar en el punto exacto: saber cuándo curra o redondea una imagen. En algún momento el estilo de Pablo Neruda gustó a los muchachos y empezaron a hacer una especie de Ciudadela de toreros y ya de puro coloquial no solamente hablaban de la pelota sino que daban su dirección y el teléfono. Eso no tiene nada que ver con la poesía, que es economía de lenguaje.

—¿Así la entiende?

—La poesía tiene miles de definiciones, todas aproximadas y todas desacertadas. En el fondo es la lucha perpetua contra el lugar común. Dice lo que todos saben, lo que todos sienten, usa las palabras que están en el diccionario, que son las que todos conocen, si no se lo comunican con nadie, pero lo dice de una manera tal que quien la lee piensa: "¡ojala, yo quería decir esto pero no sabía cómo!". En el cómo está la poesía.

—¿Nunca pasó por una época simbolista o surrealista?

—Como lector, por todas. He leído desde los poetas que me gustan hasta los que no me gustan. Y todavía le tengo simpatía a cierta poesía surrealista, que más hermética no puede ser si la buscas el camino de la lógica. Pero el surrealismo normalmente va acompañado de una dosis de humor. Sin el humor es como pan con mantequilla sin mantequilla. Siempre hay autonomía.

—Por algo usted se acercó a la poesía inglesa contemporánea, que tiende a evadirse de la retórica y la gravedad.

—Sí, pero cuando yo vine al mundo de la literatura, lo que estaba funcionando era una poesía española ligada básicamente a una cosa ingenua y comunista del socialismo. O por el contrario, tendíamos a los absolutamente herméticos y puros que estaban trabajando con la poesía

francesa postsimbolista y los rezagos que quedaban del surrealismo. Entonces yo no descubrí nada, simplemente redescubrí algo que se había olvidado: existía una poesía fresca como la hierba que iba desde Walt Whitman hasta Ezra Pound, la poesía anglosajona.

—¿Por qué cree que los poetas latinoamericanos demoramos tanto en darnos cuenta?

—No te olvides que a finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta, en el mundo intelectual latinoamericano, Chila incluido, había la idea de que el imperialismo yanqui escribía en inglés, mientras que nosotros que los franceses eran cultos y refinados y los españoles eran valientes combatientes de la República española. Sobre la base de ese prejuicio eliminamos la mejor poesía del siglo veinte, que es la que se escribió en Estados Unidos y en Inglaterra. Obviamente mucho más desenfadada, menos pretenciosa y solemne, y con más sentido del humor, lo cual se acomodaba más a mi manera de ser.

—¿La traducción es un buen ejercicio para escribir poesía?

—No lo sé, pero evidentemente la traducción te enseña a leer poesía de una manera muy especial y muy intensa, porque primero tienes que leer, valga la penúltima, pero además tienes que volverlo a poner en poesía en tu idioma y ahí siempre entra el *avaluare* *avaluare*: hay que traccionar un poquito para que sea real, pues lo literal es la verdadera tracción.

"Los peruanos no tenemos el complejo de querer pasar por europeos"

—Revisando su obra, predomina el verso libre, ¿no le interesa la rima?

—Sí, pero es algo fácil. En la rima las palabras llaman a las palabras. Salvo raros raros raros como Dürer, siempre se termina en la retórica más espontánea. La rima no es sinónimo de poesía, sino

de publicidad. Yo tengo unos sonetos que no he publicado a cada nacimiento de una hija más le he dedicado uno. Tengo dos hijas. A mi hijo Diego no le hice rigo, se jodió. Después, cuando se me desató la diabetes, también le hice un soneto.

—Muchos lo conocen por su poesía social, ¿en la veta que más le representa?

—Soy fundamentalmente justiciero. Creo que nuestra razón de ser en este mundo es vivir por lo menos con dignidad, solidaridad y justicia. Pero no tengo un programa de acción, ni una propuesta política del tipo "voy a hacer poesía revolucionaria para salvar a la humanidad". No creo que la palabra sirva para tanto. A lo más sirve para numerarla en el oído a una mujer hermosa y enamorarla. Si creo que todo lo que somos queda reflejado en ella: no hay nada más testimonial que la poesía. En la novela puedes disfrazarte de otros personajes, pero en la poesía eres tú mismo, es algo inevitable, se nota. ¡Entía caluto ahí, pilucho!

—Gran parte de sus libros contienen crónicas de viaje, ¿cómo se relacionan esos textos con su pregunta constante acerca de la identidad?

—Una de las grandes preguntas peruanas es la identidad. Los chilenos no se preocupan mucho por ella, creen que con una cueca y una campanada ya resolvieron el problema. Nosotros somos un país mucho más complejo, mucho más antiguo, mucho más mezclado, con orígenes distintos que nos convierten, para empezar, en un país menos blanco. Los peruanos, con todas nuestras tragedias históricas, no tenemos el complejo de querer pasar por europeos. Esa es una ventaja. Nos planteamos desde el comienzo nuestro mestizaje. Ahí tenemos al inca Garcilaso de la Vega, que ya en el siglo XVI escribe la gran crónica del Perú, pero en castellano y en España, siendo hijo de una princesa inca! Ahí comienza el problema: ¿quién es el Perú? Eso es lo que le da fuerza a parte de mi poesía y a mucha de la literatura del Perú.

Guerra perpetua al lugar común [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guerra perpetua al lugar común [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile